

—El *pápa* es un vocacional de la soltería —determinó el hijo.

—Bueno, allá tú. —No contaba yo con una vida privada ejemplar como para meterme en otras—. ¿Cómo se enteró?

—El mundo es un pañuelo. Una amiga suya que se dedica al negocio más antiguo del mundo y que, alguna semana, cuando se pelea con su novio se queda en casa. —El domicilio de la pareja contaba con un cuartucho que alquilaban algunas veces y que debía salvarles la precaria economía—. Ya sabes, siempre hay alguien que presume de saber más de lo conveniente y de estar al loro de *to'*, aunque sea peligroso *pal pellejo*.

—¿Sabe algo más?

—No pregunté, pero si te interesa...

Me sorprendía la discreción de aquel hombre con los «contactos sociales» de su compañera de toda la vida. Actuaban como viejos nobles ingleses que jamás se inmiscuyen en menudencias privadas. Toda una lección para las parejas de progres que yo conocía.

—Mucho, me interesa muchísimo. Y, además, quiero que me ayudes en esto. Mi jefe me ha puesto al frente de la investigación y quiero lucirme. Te prometo una recompensa.

—A mí no *ties* que pagarme *na'*. Yo con los amigos, leal hasta la muerte. Pero —dudó un poco— quisiera que también estuviera el chaval, ya sabes, *pa'* que vaya aprendiendo.

La manía de Campanitas de iniciar al chaval en el mundo a través del periodismo resultaba patética.

—¿Y el instituto?

—*Pa'* lo que sirve.

—Total, se fuma todas las clases... —concluyó el padre.

—Pues mira, sirve para que puedas llegar algún día a donde yo. —Casi me río de mí misma. Después, conociendo a mi amuleto, decidí hacer un trato—. Vale, te quedas con nosotros mientras esto dure, pero con una condición: después vuelves a clase y apruebas el curso o dejas de trabajar en el periódico.

—Vale —dijo sin convicción.

—Un momento, que yo sepa, hasta ahora Camila contaba al menos con el apoyo de Rafa...

—¡Menudo apoyo!

—Pues me libró de una paliza en Antón Martín.

—A eso voy —continuó Núñez—. Poco o mucho, al menos era algo. ¿Quién irá contigo a Córdoba?

Nos miró como cogidos en falta. A mí me recordó que ser un héroe dentro de un despacho puede quedar hasta estético, pero la calle no tiene moqueta.

—¿Qué? —Núñez, con los brazos en jarras y sus tres suéteres, parecía Spiderman.

—Un policía no sería conveniente —R. A., repasaba en voz alta las posibilidades—, cantaría más que un flamenco en un funeral. Por otra parte, poner a un periodista a estas alturas...

—¡Esto es para mí solita, jefe! —Ponían a otro y me robaba la primicia.

—Pero podrías ir con David.

—¿Cómo? —pregunté.

A David le funcionan las neuronas mejor que a la mayoría, pero sus músculos eran tan flojos como

las neuronas de Campanitas. ¡Me lo tumbaban con un soplo!

—Ya sé —me leía el pensamiento—, en un gimnasio haría el ridículo; no te preocupes, soy consciente. Pero siempre he creído que un zorro puede vencer a un león.

—No sé yo en qué circo —soltó R. A.

—Siempre ha vencido la astucia.

—Vale, ¿qué astucia opones a los puños de esas bestias o a un revólver en tus riñones?

—No les interesa matar a nadie. —Tal vez David lo dijera para tranquilizarnos—. Lo suyo va más de farol.

—Con resultados de hospital, te recuerdo. Y una oreja desprendida de una cabeza, que puede ser el comienzo. Mira, las armas las carga el diablo.

—Eso —dije sin saber por qué.

—¿Por eso pretendes ir sola?

—No —mentí—. Pretendo ir sola porque, de mujer a mujer, puedo sacar más información.

—Para la entrevista te dejo sola, el resto lo hacemos juntos.

Imposible convencerlo. Me alegré.